

Segundo domingo del tiempo ordinario

18 de enero de 2026

«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».



«El Evangelio de la liturgia de hoy (cfr. Jn 1,29-34) recoge el testimonio de Juan el Bautista sobre Jesús después de haberlo bautizado en el río Jordán. Dice así: «Éste es de quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo» (vv. 29-30). Esta declaración, este testimonio, revela el espíritu de servicio de Juan. Él fue enviado a preparar el camino al Mesías, y lo hizo sin ahorrar esfuerzos. Humanamente, se podría pensar que le será entregado un “premio”, un puesto relevante en la vida pública de Jesús. En cambio, no. Una vez cumplida su misión, Juan sabe hacerse a un lado, se retira de la escena para dejar el sitio a Jesús. Ha visto al Espíritu descender sobre Él (cfr. vv. 33-34), lo ha señalado como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y ahora se dispone a escucharlo humildemente. De ser profeta pasa a ser discípulo».

FRANCISCO
Ángelus, 15 de enero de 2023.

* Pintura: Annibale CARRACCI, *Testimonio de Juan el Bautista*, 1600.

Segundo domingo del tiempo ordinario – Textos orados

Comentario a los prefacios del tiempo ordinario

PREFACIO DOMINICAL I

El Misterio Pascual y el pueblo de Dios

Durante todo el año litúrgico celebramos el Misterio Pascual. Por eso el prefacio dominical I del tiempo ordinario nos invita a contemplar este acontecimiento en el contexto de la Pascua primordial, es decir, de la celebración del domingo, el día del Señor. Teniendo presente que la Historia de la Salvación es la historia de las maravillas de Dios, el prefacio presenta el Misterio Pascual como acción maravillosa realizada por Cristo. Es más, su paso de la muerte a la vida es la obra más grande de todas: *«la creación del mundo, en el comienzo de los siglos, no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua inmolada, en la plenitud de los tiempos»*. La Pascua de Cristo es la nueva creación de la humanidad y de todo el universo. Por eso su grandeza nos supera y nos asombra.

Somos los bautizados los beneficiarios privilegiados del Misterio Pascual. En ese sentido es que la Iglesia, por medio de este prefacio, entona su acción de gracias. La razón de la gratitud se puede dividir en dos partes: en primer lugar, por el Misterio Pascual hemos sido llamados de la esclavitud del pecado y de la muerte. El trasfondo bíblico de esta salida o de este rescate lo encontramos en la carta de Pablo a los Romanos, en la conocida enseñanza del bautismo que nos sepulta con Cristo en su muerte para resucitar a una vida nueva. En ese contexto afirma el apóstol: *«nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado»* (Rm 6,6). Es la muerte de Cristo la que nos ha sacado de la esclavitud y por su resurrección la muerte, consecuencia del pecado, ya no tiene poder sobre los rescatados: ahora vivimos para Dios (cf. Rm 6, 9-11). Más adelante, en su misma carta, Pablo afirma: *«ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte»* (Rm 8,2).

La segunda parte de la acción de gracias está inspirada en otro texto bíblico: la primera carta de san Pedro. La redacción del prefacio nos permite ver la dinámica pascual por la que nuestra liberación del pecado y de la muerte tiene como consecuencia el honor de ser *«estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad»* (1Pe 2,9; cf. Ex 19,5-6). La liberación pascual va mucho más allá del plano simplemente individual: con su muerte y resurrección el Señor nos hace pasar del egoísmo que nos hace olvidarnos del hermano a la conformación de la comunidad eclesial. En la Iglesia se cumple el deseo de Dios de conformar un pueblo de su propiedad para elegirlo y consagrarlo como signo (sacramento) universal de salvación, tal y como lo recuerda el Concilio Vaticano II.

Segundo domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario general a las lecturas bíblicas¹

En el segundo domingo del tiempo ordinario, el que sigue al Bautismo del Señor, la Iglesia prolonga, con el Evangelio de San Juan, las primicias del ministerio de Jesús, su manifestación mesiánica. En el ciclo A nos propone el episodio del Bautismo de Jesús según el Evangelio de Juan, para que no falte el testimonio del cuarto evangelista que narra a su modo este misterio. Nos encontramos, pues, de nuevo a orillas del Jordán para contemplar el Bautismo de Jesús, visto con los ojos del Bautista y narrado con la finura del Águila de Patmos, el Evangelista Juan. Por eso dos palabras resumen el modo de narrar este episodio: contemplación y testimonio.

Contemplación es la palabra justa. Juan el Precursor ve de lejos a Jesús y lo identifica como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Un título y una frase que tienen toda esa densidad que Juan el Evangelista da a cada palabra del Evangelio. Es el Cordero, y aquí está toda la evocación de Isaías que habla del Siervo de Yahvé llevado como cordero al sacrificio.

Pero la figura del Cordero pascual, personificado por el Siervo de Yahvé, nos habla precisamente, como notan los exegetas, de Jesús definido ya como el Siervo; por eso la lectura primera de Isaías evoca esta profecía. Jesús, pues, con la mansedumbre del Cordero pascual y con la misión del siervo sufriente que tiene que realizar la redención universal. El que carga sobre sí como Cordero el pecado del mundo, con otra magnífica evocación del sacrificio de expiación; y el que quita, arranca de cuajo el pecado del mundo, con la fuerza redentora de su sacrificio.

Así en el umbral mismo de la manifestación del Señor hay ya una clara profecía de su destino de muerte y de la gracia de la redención. Juan invita a mirar, a contemplar, a escrutar más allá de las apariencias el verdadero rostro y la verdadera misión de este Mesías, destinado al sacrificio, con una misión de salvación y redención.

Pero hay otro momento de contemplación que el Precursor narra con la hondura de una experiencia inefable. Se le había dicho al corazón que descubriría al Mesías cuando viese una paloma descender y posarse sobre Él. Ese misterioso personaje era el esperado y el enviado, el que bautizaría con Espíritu Santo. Y Juan lo confirma: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre Él». Es la misma escena que narran los Sinópticos. El Espíritu en forma de paloma que evoca las aguas primordiales de la creación y las del diluvio. El Espíritu que unge al Siervo de Yahvé, según las profecías. Desciende y se posa. Es decir, permanece. Por eso el Evangelio de

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 101-103.

Juan es el que mejor manifiesta esa indisoluble unión entre Jesús y el Espíritu, su Espíritu. Un Espíritu que desborda como unción sobre todos los discípulos, como agua viva sobre todos los que creen en Él. Jesús bautiza, sumerge, empapa en la misma realidad en que ha sido bautizado, sumergido, empapado; en el Espíritu Santo.

Más adelante en el mismo Evangelio de Juan se lee el último testimonio del Bautista. Dice de Jesús: «Aquel que Dios ha enviado proclama las palabras de Dios (Padre) y da el Espíritu en abundancia». Jesús Palabra del Padre. Jesús fuente del Espíritu. En Jesús hay siempre una referencia al Padre que lo ha enviado y al Espíritu que como don suyo personal, íntimo y profundo, prolonga su misión y nos comunica su misma vida. Son palabras de una contemplación. Son palabras para la contemplación del misterio de Cristo, el Ungido, y del misterio del cristiano, el también ungido por el Espíritu.

La otra palabra clave del Evangelio es testimonio. Juan no se queda saboreando las dulzuras de un misterio contemplado. Conoce a Cristo y lo da a conocer. Lo ve y lo proclama ante todos como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Lo da a conocer a Israel. Dice a los demás lo que ha visto y oído. El Evangelio de hoy termina con una frase que ya no sabemos si es del Bautista o del Evangelista: «Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios». Hay ciertamente una intensidad en los títulos de Jesús hasta esta confesión en la filiación divina de Cristo.

Ver y dar testimonio. Son palabras del Bautista y del Evangelista. Palabras de testigos y Apóstoles. Palabras de dos servidores del misterio que saben eclipsarse para que todos contemplen el misterio. Sobre esta visión y este testimonio se funda nuestra fe, nuestro modo de concebir el misterio de Cristo. Sin cambiarlo a nuestro antojo. Sin modificarlo según las modas o los gustos del tiempo. Ése es Jesús, con los títulos que hoy le da el Evangelio: un hombre, pero que existía antes de Juan. El Cordero/Siervo que quita el pecado del mundo. El que posee y comunica en plenitud el Espíritu. El Hijo de Dios.

En el momento en que caen las ideologías, y están cayendo como tantos muros de Berlín, dejando muchos a la intemperie, a merced de una sociedad sin ideas ni ideales, la fe y la fe en Cristo, purificada de incrustaciones y vitalizada de compromisos, se yergue en nuestro mundo como estrella polar de la vida. Pero para que brille la fe se necesitan contemplativos y testigos. O quizá mejor, testigos del misterio contemplado que hablan y actúan con la convicción de los dos Juanes, el Precursor y el Evangelista. Lo hemos visto con la experiencia de la fe y damos testimonio de Él con la coherencia de la vida. Por eso necesitamos el Espíritu que engendra contemplativos y modela testigos de Cristo.

Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario²

«Te hago luz de las naciones para que seas mi salvación».

Lectura del Profeta Isaías 49, 3. 5-6.

Dios llama al siervo desde el seno materno. En él se complace. Le encomienda una misión salvífica: reunir al Israel disperso y desterrado e iluminar con la luz de su palabra, que es la revelación de Dios, a todos los pueblos. Esa luz de Dios es salvación para los hombres. Esta función salvífica e iluminadora es tarea de todos los enviados por Dios. El primero, Cristo. Después, los apóstoles. Ahora, todos y cada uno de los cristianos. Cf. Is 42, 1-9; 50, 4-11; 52, 13-53,12; Mt 3, 16-17; Hch 13, 16-17; Gal 1, 15-16; Mt 5, 14-16.³

«Gracia y paz les dé Dios nuestro Padre y Jesucristo nuestro Señor».

Comienzo de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 1, 1-3

Saludo de Pablo a la comunidad de Corinto; le desea el amor del Padre (gracia) y su efecto reconciliador (paz). Llama a la comunidad «Iglesia de Dios» expresión favorita del Apóstol. Y la describe como: a) una asamblea de hombres llamados por el Padre a ser santos: todo para Dios; b) dedicados enteramente al servicio de la voluntad del Padre, mediante su unión con Cristo; c) viviendo en unión con los hermanos de otras comunidades. El lazo de unión es la invocación del Nombre del Señor: la fe en Jesús, Señor. Cf. Hch 2, 21; Rm 1, 7; Ef 1, 4. 5. 26-27.

«Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

Lectura del santo Evangelio según San Juan 1, 29-34.

El testimonio del Bautista acerca de Jesús es explícito, formulado en términos de superioridad. Jesús es anterior en el tiempo (cf. Jn I, 1) y superior en dignidad. Juan ha visto que el Espíritu se quedaba en El (¡en los profetas venía sólo temporalmente!). De ahí la incomparable superioridad del bautismo (en sentido más amplio y profundo) de Jesús, que no sólo perdona los pecados, sino que «quita el Pecado del Mundo» como Cordero de Dios (culmen y compendio del testimonio!). Jesús bautiza al mundo en el Espíritu, comunicándole la Vida, y es así la antítesis del Pecado. Y así, el testimonio es también confesión de fe y doctrina cristológica riquísima.

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 215-217.

³ Comentario al salmo responsorial: «La carta a los hebreos aplica el salmo 39 a Jesucristo en su actitud de entrega al Padre. Pero antes de que Cristo usara estas palabras, ya Israel manifestaba con estas expresiones su confianza y su entrega a Dios. Y la Iglesia cristiana hace suya esta oración tan antigua».

Segundo domingo del tiempo ordinario

18 de enero de 2026

«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos y hermanas: Hoy es el día del Señor resucitado. Él mismo nos reúne cada domingo para celebrar su presencia y su amor. Él es el Cordero que borra los pecados del mundo. Él es el Hijo de Dios, Ungido por el Espíritu Santo. Demos gracias a Dios por su salvación y oremos por las necesidades del mundo entero.

Liturgia de la Palabra

Ahora debemos estar muy atentos para escuchar la palabra de Dios. Por medio de ella podemos conocer a Jesucristo, el Cordero que nos salva del pecado, el Mesías que ha venido a bautizar con Espíritu Santo.

Presentación de los dones

Mientras que los dones eucarísticos son colocados en el altar, nosotros presentamos nuestras vidas al Padre como ofrenda agradable. Sigamos el ejemplo de Cristo: Él se ofreció en sacrificio para borrar nuestros pecados.

Comunión

Que esta comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo renueve la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones. Así podremos dar testimonio del Hijo de Dios que ha venido a rescatarnos y a darnos vida en abundancia.

Segundo domingo del tiempo ordinario

18 de enero de 2026

«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».



Oración universal

Hermanos: Cristo es el Cordero de Dios y también es nuestro gran intercesor. Con esta convicción, presentemos ahora nuestras peticiones al Padre por medio de su Hijo. Orando de corazón por el mundo entero, digamos:

R/. Por medio de tu Hijo, escúchanos, Padre.

- † Pidamos por la Iglesia para que, sostenida por la fuerza del Espíritu Santo, siga desarrollando su misión de anunciar a Cristo.
- † Pidamos por los pastores de la Iglesia y por las vocaciones a la vida sacerdotal para que nunca nos falten los testigos del Evangelio.
- † Pidamos por nuestros gobernantes para que orienten sus trabajos hacia los problemas más urgentes de la humanidad, animados por el amor.
- † Pidamos por la paz en el mundo entero. Que se resuelvan los conflictos por medio del diálogo, pensando en el bien de los más pobres.
- † Pidamos por todos los que sufren. Que encuentren su alegría en Cristo que conoce nuestros padecimientos y hace llevaderas nuestras cargas.
- † Pidamos por nosotros mismos para que abramos nuestros corazones a Cristo que quiere perdonar nuestros pecados y llenarnos de su Espíritu.

Señor, Padre Santo
que has enviado a tu Hijo al mundo
para el perdón de los pecados,
mira con misericordia nuestras necesidades
y, según tu voluntad, atiende nuestras súplicas.
Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.